

José Enrique
Ruiz-Domènec
Isabel
la Católica
o el yugo
del poder



José Enrique Ruiz-Domènec
Isabel la Católica
o el yugo del poder

La cruda historia de la reina que marcó
el destino de España

ediciones península

© José Enrique Ruiz-Domènec, 2004, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2004
Primera edición en esta colección: octubre de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11^a pta.
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

VICTOR IGUAL - fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.468 - 2014
ISBN: 978-84-9942-291-6

CONTENIDO

Prólogo a la presente edición,	11
Prólogo a la primera edición,	21
Nacimiento,	23
Recuerdos familiares,	27
Metamorfosis de la cultura,	34
Una niña sin padre,	39
En el jardín de las doncellas,	47
Una pareja real,	57
Maternidad,	65
El trono y la justicia,	72
Alrededor de la reina,	79
Emblema y lema,	87
La fuerza de las armas,	93
A la sombra de la Inquisición,	103
El paraíso en guerra,	113
Las joyas de la reina,	123
El envés de la trama,	132
La ciudad de las damas,	139
Las estrellas del capitán,	149
Máter dolorosa,	153
Retratos,	161
Un juicio personal,	170
El mundo que dejó,	177
Nota al lector,	185

NACIMIENTO

Isabel nació el 22 de abril de 1451, Jueves Santo, a las cinco de la tarde. Hija de una dama portuguesa perteneciente a la familia de los Avis, y de un rey castellano de la dinastía Trastámara, cuyos antepasados se habían hecho con la corona de Castilla a mediados del siglo XIV tras una cruenta guerra civil entre los partidarios de Pedro I y los de Enrique II. La fecha del natalicio fue comunicada por el propio padre a la ciudad de Segovia en una carta datada cuatro días después en la que él y su círculo de amigos mostraban la emoción por el nacimiento de la infanta.

El parto tuvo lugar en un viejo caserón de estilo mudéjar, calificado a menudo de «palacio real», situado en Madrigal de las Altas Torres, una villa fortificada con murallas de doce metros de altura, en el corazón de la meseta castellana, perteneciente a la diócesis de Ávila. La villa contaba por entonces con poco más de novecientos vecinos, unos cuatro mil habitantes, atentos a los campos de cereal y a las viñas, con cuyas uvas se elaboraba un codiciado vino blanco. El viajero actual puede ver ese caserón si se acerca al monasterio de Nuestra Señora de Gracia: un edificio de ladrillo, adobe y cal, devorado por unas reformas realizadas en tiempos de Carlos V; un caserón que mantiene no obstante el aura de haber sido el lugar elegido por Isabel de Avis para dar a luz a su primer hijo, una

criatura del sexo femenino que le cambiaría completamente la vida.

La niña quedó apresada de inmediato en las formas de vida nobiliarias de la Castilla del siglo xv. Por de pronto la entregaron a una nodriza, Mari López, esposa de Juan de Molina, a quien en la corte llamaban «la señora que dio a su Alteza de su leche», pues en aquel tiempo era poco habitual que una dama de la alta sociedad diera de mamar a su hija. Desconozco si la madre de Isabel se sintió atraída por la imagen de la *Virgo lactans*, tan habitual en los marfiles y las miniaturas góticas, y en algún momento acercó el pecho a la boca de su bebé, aunque tengo la sospecha de que nunca lo hizo.

Intentemos comprender a esa niña blanca y rubia, que llora dentro de su cuna el día que fue conducida a la pila bautismal de la iglesia parroquial de San Nicolás en la que recibió el nombre de Isabel, como su madre, como su abuela materna, la señora de Barcelos, y como una santa portuguesa, fundadora de las clarisas de Coimbra, por la que la familia sentía especial devoción. ¿Qué habría de encontrarse al despertar una niña del siglo xv obligada a jugar el juego de la Edad Moderna? Si la hubieran advertido, ¿se habría asustado al saber el riesgo que iba a correr en los años siguientes? Madrigal es uno de los vértices de un triángulo determinante en la vida de Isabel; los otros dos son Arévalo, donde pasaría su niñez, y Medina del Campo, donde fallecería el 26 de noviembre de 1504.

Los datos sobre las circunstancias que rodearon el parto no están a la altura de un personaje real. Así es a veces la suerte. Tan ocres (en apariencia) son las noticias del

natalicio de Isabel que podríamos sospechar que a nadie le interesó registrar los detalles de aquel evento, habida cuenta de que quien venía al mundo era una niña y el trono estaba ya asegurado con un heredero masculino, fruto del primer matrimonio del rey; en cualquier caso, la dama portuguesa nunca manifestó el más mínimo interés por recordar aquel día, y su hija aceptó con buena cara el hecho de saber tan poco sobre la llegada al mundo.

También es posible que en algún momento alguien cercano a la reina interviniera en la selección de los documentos creando un espeso velo sobre el hecho. ¿Fue capaz Isabel de no decir nada al contemplar la manipulación de los documentos que hablaban de su infancia? No lo sabemos, pero el caso es que no los tenemos.

Los cronistas de la época apenas hablan del parto, y cuando lo hacen se dejan llevar por castizos dislates. No intento arruinar ninguna reputación, ni pretendo calumniar a nadie si afirmo que sólo la fantasía pudo persuadir a Andrés Bernáldez, el cura de los Palacios, de que «esta reina nació el año 1450 en el mes de noviembre, día de santa Isabel, en Ávila, y fue hija del rey Don Juan de Castilla y de la reina Doña Isabel llamada Doña Juana». Es innecesario observar que el cronista confunde el día, el mes, el año, el lugar y hasta el nombre de la madre; de casualidad acierta el nombre del padre y de la niña. Lo que sin embargo resulta imprescindible observar es que los detalles del nacimiento de un infante imponen respeto y en parte temor a los cronistas; es conveniente mantener cierta discreción con el fin de preservar el carácter sagrado de los reyes; sólo las novelas de la época se atrevieron a describir los quebrantos de las damas antes y después del par-

to. Pero las novelas son pura ficción, literatura, sobre la que oficialmente nadie se sentía aludido.

El médico que atendió a la reina hablaría años más tarde de que fue un nacimiento difícil, pero sin indicar la naturaleza de esa dificultad. ¿Se adelantó el parto o, por el contrario, venía con retraso? Ésas son preguntas importantes para los astrólogos de la corte que debían fijar la situación de los planetas y las estrellas en la carta astral. Salvo que descubramos algún documento nuevo, cosa que no descarto, deberemos contentarnos de momento con esos pobres vestigios. Todo un síntoma, llegó a pensar el poeta Gómez Manrique; o mejor aún, la típica ironía de la historia, pues cuanto más deseamos conocer los detalles de un hecho, menos información tenemos sobre él. Como han reconocido con sorprendente unanimidad sus biógrafos, sobre las circunstancias del nacimiento de Isabel todo es provisional, aproximado, sin que tengamos un relato, aunque fuese trivial, que nos acercara a lo ocurrido en Madrigal una tarde de abril de 1451 cuando una niña rompió a llorar.

RECUERDOS FAMILIARES

Castellana por nacimiento y por su padre; portuguesa por su madre: Isabel no fue ajena a las influencias culturales de esa doble herencia, y las respuestas a muchos problemas a lo largo de la vida se explican a partir de que ahí había un drama. Pese a que lo intentaron más de una vez, la niña nunca pudo olvidar a la madre, ni superar el hecho de perder a su padre siendo muy niña. Que esa realidad no se pronunciara en su presencia, ni se hicieran eco de ella los cronistas adeptos, rodeó esos primeros años de una morbosa fascinación. Estos motivos me parecen suficientes para ahondar en la doble herencia de Isabel buscando las claves de la personalidad de una mujer que transformó un vigoroso egotismo adolescente en una forma de vitalidad viril en la edad adulta y, como tal, plenamente afín a un irrefrenable deseo de hacer de su voluntad una razón de Estado. Que la joven de sangre portuguesa, al buscar marido, fuera a otra parte, a Aragón, respondía a esa actitud que convirtió todos los actos de la vida en un esfuerzo por imponerse al destino.

Isabel no necesitó de los cronistas para desentrañar el pasado de la dinastía paterna de los Trastámaras: contó con los recuerdos de las mujeres de la familia. Ellas hablaban a menudo de los tiempos pasados, ricos en sabrosas anécdotas, y, a través de ellas, conoció al abuelo Enrique

III el Doliente, que había muerto cuarenta y cinco años antes de su propio nacimiento, en una cruzada contra el reino musulmán de Granada: daba por supuesto que aquel abuelo tan famoso, gracias entre otros al escritor Juan de Mena, debía haber sido siempre bueno y sus enemigos malos; con el tiempo adivinó el carácter del abuelo por el suyo propio. Ni por un momento dudó de la palabra de Catalina de Lancaster, la elegante inglesa elegida para ser la esposa de Enrique III, en parte por ser heredera de Pedro I, el rey asesinado en la jornada de Montiel.

Isabel oyó hablar de la ayuda prestada a la abuela Catalina por Leonor López de Córdoba, una dama de la buena sociedad andaluza, que recreó los trágicos sucesos de la guerra en un relato autobiográfico que utiliza la vívida forma directa para involucrar a los lectores. Los incidentes cotidianos, pero no banales, que afectaron a la familia (la muerte del padre y la vida errante del marido) adquirieron un significado especial gracias a su destreza narrativa, que los enlazaba con las preocupaciones de la casa real. Leonor describió la inclinación cainita de sus compatriotas a través de un relato amable hacia las partes enfrentadas, risueño, con el que quiso restañar viejas heridas.

La guerra civil castellana del siglo XIV consiguió su forma y su verdad en el relato de esta dama. El aprecio que la familia real sentía hacia ella era suficientemente claro incluso para una niña de cinco o seis años. Catalina nunca olvidó la ayuda de Leonor en los momentos difíciles, a la muerte de su marido Enrique, con veintisiete años, sola e indefensa ante los nobles, y con un niño de corta edad, el nuevo rey de Castilla.

De la condición de dama inglesa trasplantada a la cor-

te castellana, le quedó a Catalina el placer de escuchar novelas (un principio educativo en Inglaterra en tiempos de Eduardo III y de Felipa de Hainaut), y ese placer sirvió para inculcar a su hijo Juan la pasión por la literatura. Los poemas que solía leerle estaban en castellano. Una novedad. El francés seguía siendo la lengua internacional de la buena sociedad y es muy probable que madre e hijo lo hablaran con fluidez, e incluso que ella escribiera y leyera con facilidad en esa lengua. Pero la semblanza del nuevo rey de Castilla, anota el influyente Fernán Pérez de Guzmán, exigía una actitud patriótica hacia la literatura autóctona.

Desde niña, Isabel retuvo los rasgos de la vida del abuelo Enrique III y de su padre Juan II. Eran unos recuerdos imperturbables a los malévolos comentarios de algunos parientes que murmuraban que ambos reyes no habían sido tan grandes como ella creía. Algo había de cierto en esos chismes. El abuelo murió demasiado joven para hacer realidad la idea de que la literatura es una arma adecuada para ordenar el caos social; el padre, al ser hijo de viuda, tuvo que ser protegido durante muchos años por su tío paterno Fernando de Antequera, que se había convertido en rey de Aragón en el Compromiso de Caspe; y, cuando al fin pudo reinar, buscó el modo de crear un Estado dinástico pero cediendo el poder a la nobleza, una actitud vergonzosa. La guerra en Granada ofreció al abuelo y al padre el único momento de grandeza que les ayudó, si no a alcanzar la dignidad exigida al oficio de rey, del que hablaba el famoso cronista Fernando del Pulgar, por lo menos a sentir que las naciones hispánicas estaban maduras para recuperar la unidad de la que hablaba la tradición goticista de la «pérdida de España» perpetrada en

tiempos de la derrota de Don Rodrigo a manos de los árabes. Isabel se educó en esas ideas, y buscó la manera de legitimarlas. En los primeros años el apoyo lo encontró en el recuerdo de la abuela Catalina.

Catalina de Lancaster fue el espejo en el que Isabel se miró en más de una ocasión, al menos mientras se sintió joven de cuerpo y de espíritu. Ambas mujeres se parecían bastante: rubias, de piel blanca, reservadas, sensibles a la lectura, de modales armoniosos pero firmes en las decisiones. A menudo, en las cartas y en los comentarios de la reina, se percibía esa pizca de ternura por la memoria de la abuela que tanto hizo por la corona de Castilla y, más de una vez, se preguntó por el papel que ella desempeñó en el ascenso de Álvaro de Luna, el hombre clave de la política castellana durante la primera mitad del siglo xv. En cualquier ocasión se recordaba la gesta de ese polémico noble que llevó a cabo una espectacular cabalgada contra los musulmanes que terminó en la Batalla de Higuera, uno de los iconos militares de la dinastía Trastámara.

Queda por conocer la herencia de Portugal, una patria desconocida, pero acogedora y poblada de fantasías para una niña de la meseta castellana. Isabel escuchó de labios de la madre portuguesa varias cosas que, en su opinión, ella debía conocer. Le comentó que el primer matrimonio de su padre con María de Aragón no fue feliz. Una mujer extraña, un ser inquieto que le había dado un hijo mezquino, quizás impotente, Enrique IV.

El 22 de julio de 1447 Juan II se había casado por segunda vez con Isabel de Avis, hija del infante Don Juan, y nieta del conde Barcelos, un distinguido caballero portugués. La villa elegida para la boda fue Madrigal, que el ma-

rido tuvo a bien regalar a su joven y hermosa esposa (ella rondaba los quince y él tenía cuarenta y seis), de la que al parecer se había enamorado. El matrimonio del rey con la ardiente portuguesa provocó una revuelta de los nobles contra Álvaro de Luna, al que acusaron de estar detrás de la decisión del rey. Los grandes linajes de Castilla y de Andalucía se opusieron enérgicamente a la boda y repitieron los motivos de sus objeciones cada vez que se lo preguntaban, en las Cortes o en cualquier otro lugar. Con rara unanimidad, los grandes afirmaron que la familia Avis no alcanzaba el nivel exigido en Castilla para ser una reina. Meros pretextos, ya se sabe, que minaron sin embargo la autoridad de Juan II. En los meses previos a la prisión y ajusticiamiento del privado, los nobles afirmaron el dominio contra el gobierno del rey, que no tuvo más remedio que sacrificar a su amigo para salvar el trono.

Mientras tanto, Isabel de Avis se comportaba como era de esperar de una mujer noble de aquel tiempo. Se acercó a su marido Juan II, un cuarentón achacoso, y le aceptó en el lecho como una buena esposa. Sintió el deseo de ser madre, sin importarle que existiera ya un heredero al trono habido de la primera mujer de su marido. Los hijos eran un don de Dios, al que no podía sustraerse: eran también la justificación de unas relaciones íntimas que le costaba aceptar si no fuera por ese motivo, el mismo que los confesores apuntaban para legitimar el sexo entre los esposos. El embarazo provocó una intensa expectación en la corte que la reina sobrellevó haciendo gala de una estudiada piedad. Tuvo dos hijos del rey: Isabel y Alfonso, en cuyos natalicios el poeta Gómez Manrique la elogió en unos versos donde destaca la honestidad, la bondad y la

virtud de la reina, pese a su juventud. Eso fue toda la relación de la reina con su marido. Al año siguiente de nacer su segundo hijo, Isabel de Avis sufrió la muerte del marido, heredando el trono un hombre claramente hostil hacia ella.

Quizás habían sido dichosos. Isabel nunca preguntó a su madre por este detalle. Ni ella se lo dijo. Guardó un prudente silencio que contrastaba con los relatos sobre la magnificencia de la casa del abuelo materno. La madre contó con la ayuda de la abuela de la niña y del aya Clara Alvarnáz. Esas tres mujeres portuguesas le inculcaron la fascinación por Enrique el Navegante, hermano del abuelo materno, el primer rey que controló la ruta del oro de Guinea y que tuvo noticias de hombres asilvestrados. Isabel mostró un vivo interés por las historias de tipo colonial e hizo suyas las ideas de su tío abuelo. El mundo de los descubrimientos geográficos fue una aventura a la que nunca sería ajena desde entonces. ¿Es posible que escuchara también de labios de la abuela, o de la madre, el deseo de otros parientes portugueses por conquistar Marruecos? ¿Le llegaron a comentar los viajes de un tío abuelo suyo a Jerusalén? Me temo que deberemos contentarnos de momento con las simples sospechas de que así fue.

La importancia de las dos herencias en la educación de Isabel no fue una fantasía de niña, sino una fuerza decisiva que llegaría a conocer cuando alcanzó el trono de Castilla; atravesó su vida íntima y trazó la división entre sus turbadores y complejos problemas que la hicieron encantadora y a la vez beligerante. Los valles verdes de los recuerdos de la madre y los campos resacos de los primeros juegos en las tierras del padre, los espacios abiertos del

Atlántico de los relatos de la abuela materna adornados con citas de Marco Polo y las justas caballerescas de la tradición inglesa de la abuela Catalina. Y, como telón de fondo, las noticias de Granada, de África, del Atlántico: espacios exóticos para una niña criada en la meseta castellana, y que quizás soñara conquistar cuando fuera mayor.

La realidad se podía crear a base de voluntad: la memoria de las mujeres de la familia paterna y materna le hizo descubrir este importante hecho, clave en su carácter y en su ideal político. El abuelo castellano Enrique III era tan gran hombre como el tío abuelo portugués Enrique el Navegante. Ambos fueron buenos reyes porque antes que nada fueron hombres de cultura literaria. Isabel aprendió a valorar de ese modo la importancia del patronazgo en la vida política. Poco a poco, Isabel se fue sumergiendo en un mundo hecho de sueños políticos y de proyectos de futuro, austero a fuerza de controlar las emociones, donde los deseos y los sentimientos son vistos a través de un velo de bruma. La madre, figura esbelta y borrosa, con una pesadilla interior que solventar; el padre, apenas datos de los cronistas, y quizás una huella en el fondo del subconsciente cuando se acercó a la cuna para dar un beso a la niña. Todo eso configuró su carácter. En una biografía sobre los Reyes Católicos, hoy olvidada, Eugeni d'Ors observa que Isabel nunca actuó por aspiraciones a la felicidad, sino por vocación de mando. Y eso precisamente fue el resultado de la educación recibida. ¿Qué se puede decir de ella?